

silvia molina y vedia

**el caso chileno**  
como prototipo de guerra psicológica  
contrarrevolucionaria \*

**1. Características de la guerra psicológica  
contrarrevolucionaria**

Desde finales de la Primera Guerra Mundial la propaganda se convirtió en un arma usada sistemáticamente con fines militares. El éxito que alcanzó la utilización militar de la propaganda se corroboró en forma amplia durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría.<sup>1</sup>

La guerra psicológica, como se llamó a esta forma de utilización de la propaganda, evolucionó rápidamente. Y dentro de este proceso, sus objetivos se dirigieron del campo propio –donde estimulaban los sentimientos de intragrupo y el odio al enemigo– al campo enemigo –donde trataron de crear desconfianza, terror, inseguridad, divisionismo y simpatías por el adversario.<sup>2</sup>

Los objetivos de la guerra psicológica involucraron la necesidad de adquirir una serie de conocimientos científicos que redujeron su grado de incertidumbre. Y a través de la implementación

\* En esta investigación colaboraron Lucía Calderón, Renato de Gortari, Saúl Ramírez y Sergio Navecia.

<sup>1</sup> J. A. C. Brown, **Técnicas de persuasión**, p. 85.

<sup>2</sup> El imperialismo norteamericano ha tratado de integrar dentro de los países que utilizan la guerra psicológica a los del bloque socialista, a partir de la tergiversación del sentido de las campañas de concientización. En este trabajo no se trata este punto de vista.

práctica de esta necesidad, la guerra psicológica se convirtió en un área de especialización dentro de la psicología, la sociología, la psiquiatría y otras ciencias.

La integración del quehacer científico al militar fue gradual. A través de la misma, la ciencia, desarrollada en torno al problema de la eficacia de la guerra psicológica, se fue transformando cada vez más en una ciencia degradada, en una ciencia puramente instrumental y dependiente de las decisiones militares.<sup>3</sup>

Los productos de ésta hablan por sí mismos de su deshumanización: desarrollo de las técnicas de manipulación de masas, estudios sobre la creación y utilización de mitos colectivos, exploración de recursos de resistencia mental y lavado de cerebro, realización de lobotomías en cerebros sanos con el objeto de neutralizar actitudes políticas, construcción de modelos de golpe de Estado, de invasión territorial, de desestabilización, etcétera.

Sin embargo los científicos integrados a los proyectos de guerra psicológica han demostrado que a pesar de haber logrado una gran eficiencia en el diseño y control de los recursos que utilizan, no encuentran una explicación objetiva para los casos en que su trabajo resultó ineficaz –e incluso contraproducente–, como ocurrió, por ejemplo, durante la guerra de Vietnam. Esto se debe a que sus investigaciones se orientan principalmente hacia el manejo de las capacidades animales del hombre y desarrollan el comportamiento irracional de los individuos y las masas, desconociendo las características profundas del comportamiento racional.

En la actualidad, en todos los programas de guerra psicológica participa personal científico subordinado. Entre ellos, uno de los modelos de guerra psicológica mejor implementados es el que opera dentro de la estrategia general de la contrarrevolución.

La contrarrevolución es:

una confrontación de acelerante intensidad entre los Estados Unidos y Latinoamérica, producto de la utilización por parte de los Estados Unidos de instrumentos coercitivos económicos (como la Ley de Comercio Exterior), políticos, paramilitares, parapoliciacos y clandestinos, que sin llegar al conflicto bélico son utilizados para implementar su interés nacional.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> John Saxe-Fernández, "Etiología de la Patología Revolucionaria y Profilaxis Contrarrevolucionaria", **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales**, núm. 81, julio-septiembre, 1975, UNAM, FCPS, México.

<sup>4</sup> John Saxe-Fernández, **La contrarrevolución hemisférica**, México, FCPS, CELA (Serie Estudios 25), s.f.

La contrarrevolución se propone recuperar la posición principal de los Estados Unidos, aunque para ello deba intervenir en los gobiernos de otros países y aun de sus "países amigos", como declarara públicamente el presidente Ford. Sus objetivos concretos son:

- a) Lograr la absoluta estabilidad interna en los países dominados;
- b) Controlar la ideología de los países dominados –y entre los mismos–, principalmente la de los que proveen materias primas básicas, y
- c) Mantener un alto ritmo de producción y un creciente nivel de consumo (a pesar del constante deterioro del poder adquisitivo en los países explotados).

Por lo tanto, en sus mismos objetivos se encuentra planteada la tendencia hacia la agudización de las contradicciones en los países latinoamericanos, ya que resulta prácticamente imposible sostener, ampliar y diversificar el consumo cuando el poder adquisitivo se reduce. Y la reducción del poder adquisitivo en estos países es a su vez consecuencia de la necesidad de los Estados Unidos de financiar su prosperidad –y aun sus crisis– mediante la explotación de los países que se encuentran bajo su influencia. Sin embargo esta inevitable contradicción de la estrategia contrarrevolucionaria, que precipita la propia crisis del imperialismo, disminuye en importancia –por su carácter relativamente mediato– ante los requerimientos inmediatos para sostener el sistema.

Por esto mismo, la guerra psicológica contrarrevolucionaria dentro de la estrategia de desestabilización encuentra sus limitaciones objetivas en las contradicciones mismas de la propia contrarrevolución. Esto ya está ocurriendo en Chile, por ejemplo, donde la ofensiva furiosa que caracterizó la escalada golpista ha dejado lugar a la defensiva desesperada y costosa, que se funda en la represión violenta, o en Argentina, donde además la crisis desatada ha llevado a una recesión económica que no ha podido ser controlada por el gobierno militar.

La guerra psicológica contrarrevolucionaria opera en Latinoamérica en todo el vasto campo de la comunicación colectiva y la información de masas. Dentro de este ámbito utiliza habitualmente los siguientes recursos: censura, control de muchedumbre y otras reuniones masivas, control del populacho y las huelgas, operaciones psicológicas, vigilancia y terror.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 11.

Pero para llevarla a cabo –tal como se deriva del tipo de acciones que emprende– la guerra psicológica requiere de una infraestructura informativa adecuada, en la que tienen que articularse los distintos proyectos y el personal calificado para llevarlos a cabo. Esta infraestructura informativa necesita ser costeable, y crearla en cada situación es excesivamente costoso. Por ello, la guerra psicológica contrarrevolucionaria ha aprovechado la existente en los países latinoamericanos (prensa, radio, cine y televisión), en la medida que está próxima a los intereses de los Estados Unidos, porque sus propietarios locales se encuentran las más de las veces ligados –directa e indirectamente– a las empresas transnacionales, pilares del imperialismo.

La inversión en material y personal para la guerra psicológica, por su parte, requiere de un aporte mínimo, de acuerdo a las posibilidades de rendimiento que tiene. En efecto, con un bajo costo con respecto a otros procedimientos, como la guerra armada, el alcance de la guerra psicológica resulta total, ya que llega hasta donde llegan los medios de información de masas.

A través de estos medios, los programas cuidadosamente elaborados por los militares-científicos circulan eficazmente en todos los niveles de la sociedad atacada; con lo cual, claro está, la guerra psicológica se manifiesta en toda su peligrosidad.

A esta amenaza se deben enfrentar –como a otras más abiertas– los pueblos que luchan por liberarse de la opresión imperialista en Latinoamérica y las vanguardias conscientes del subcontinente. Pero sólo pueden encontrarse seguras de su lucha en la medida en que logran articular y desenmascarar públicamente la estrategia y táctica que asume la guerra psicológica a nivel nacional, provocando el repudio masivo a tales procedimientos y planteando formas de comunicación que reflejan las necesidades e intereses propios.

En este sentido es fundamental que conozcan el modelo de guerra psicológica que se aplicó en Chile con el objeto de desestabilizar el gobierno de Salvador Allende, y que con ciertos ajustes tácticos se está llevando a cabo en el resto de Iberoamérica.

## **2. El modelo de guerra psicológica contrarrevolucionaria usada en Chile durante la escalada fascista**

Chile en 1970, con un gobierno electo de tipo socialista, se convirtió para los Estados Unidos en un serio desafío y una amenaza para sus intereses económicos, puesto que en ese país tenía asentadas importantes filiales de sus más gigantescas empresas: Anaconda, Kennecott, ITT, etcétera.

Los Estados Unidos ya habían tratado, por diversos medios (sabotaje, corrupción, soborno, propaganda, etcétera, de evitar que Salvador Allende asumiera la presidencia. Ante esa eventualidad

fue tentada, inclusive, la posibilidad de dar un golpe militar. Pero fracasó a pesar del último intento criminal: el asesinato del general Schneider, jefe de las Fuerzas Armadas.<sup>6</sup>

Pero aun antes de que la derrota imperialista pareciera irreversible en Chile y el Congreso le entregara los poderes presidenciales a Salvador Allende, en el seno de los sectores cumbres de la inteligencia norteamericana se estructuraban las estrategias destinadas a desestabilizar al país y recuperarlo para el imperialismo.

La desestabilización de Chile, que incluyó no sólo un programa de guerra psicológica, sino también una guerra económica,<sup>7</sup> se desarrolló a través de un modelo agresivo sólo comparable al utilizado en Indonesia. La guerra económica y la guerra psicológica se complementaron armoniosamente para el logro de los objetivos de los Estados Unidos.

La guerra psicológica llevada a cabo en Chile, por la riqueza y ductilidad de su implementación y la efectividad con que se llevó a cabo, así como por la estrategia general dentro de la cual se inscribió, dio lugar a un tipo especial que con las adecuaciones indispensables se aplicó y se aplica actualmente en Latinoamérica.<sup>8</sup>

Este tipo de guerra psicológica puede ser estudiado en dos momentos: el de su planeación y el de su ejecución. El primero, en el que objetivos y metas quedan estructurados y se establecen las alianzas que contribuirán a su aplicación, estuvo dirigido directamente por los más destacados miembros de la inteligencia norteamericana y dio las pautas generales para su aplicación en prácticamente cualquier país latinoamericano con un gobierno progresista o nacionalista. El segundo, flexible, apto para aprovechar los elementos circunstanciales favorables en cualquier oportunidad, estuvo a cargo de los equipos locales que trabajaron en coordinación con la embajada de los Estados Unidos y en estrecha

<sup>6</sup> Roberto Quiñones Álvarez, **Chile vencerá**, Argentina, Edit. Roca, 1974.

<sup>7</sup> Al respecto hay un interesante artículo en la **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales**, núm. 85, México, FCPS, UNAM, 1975.

<sup>8</sup> En la actualidad este modelo de guerra psicológica va perdiendo funcionalidad, puesto que el Cono Sur –por ejemplo– ha sido recuperado en su totalidad para el imperialismo (aunque lo tenga que retener con base en la represión del pueblo). En consecuencia, es posible que una nueva etapa pseudorreformista sea la que suceda a la contrarrevolucionaria, sobre todo porque las contradicciones a las que lleva la contrarrevolución se están agudizando en los países desestabilizados. Si se atiende a las declaraciones preelectorales de los demócratas, el triunfo de su candidato en las próximas elecciones confirmaría esta suposición. Pero de retener el poder los republicanos, es posible que la contrarrevolución se agudice por algún tiempo en los países que oponen algún tipo de resistencia al imperialismo (Perú, Panamá, Guyana, Jamaica, Puerto Rico y México).

colaboración con los representantes más fuertes de la burguesía chilena. Planteó los aspectos de adecuación práctica del plan de guerra psicológica a una situación concreta.<sup>9</sup>

### **La planeación**

Los Estados Unidos –como ya se señaló– se encontraban seriamente afectados por la designación posible de Salvador Allende como presidente. Era evidente que el gobierno en manos de la Unidad Popular atacaría abiertamente al imperialismo. Y los Estados Unidos tenían sólidas razones económicas que defender.

Con la desestabilización de Chile se propusieron obtener lo que materialmente obtuvieron tras el golpe militar de 1973: retener su situación prioritaria para la explotación del cobre, recuperar las empresas transnacionales nacionalizadas durante el gobierno de Salvador Allende y acabar con el brote marxista que puso en peligro sus intereses económicos en la región y su ideología ante el mundo.

Para llevar a cabo sus planes necesitaron un aliado local que los proveyera de la infraestructura informativa indispensable y encubriera su abierta ingerencia. Éste fue el sector de la burguesía chilena ligado de manera más directa a las empresas transnacionales.

Los Estados Unidos conocían los motivos de ese sector de la burguesía chilena para la alianza: quería preservar e incrementar su situación de privilegio seriamente amenazada, es decir, preservar e incrementar su capacidad económica (aun como representante de las empresas multinacionales, puesto que de esa forma se sentía vinculado al capitalismo monopólico internacional) y recuperar el control sobre el pueblo chileno, que tradicionalmente había ejercido y no quería perder.

Mientras estos motivos acercaban a la burguesía chilena al entendimiento con los Estados Unidos, éstos, por su parte, trataban de resolver una situación crucial para el desarrollo de su poder. Según una declaración de prensa de Henry Kissinger, del 16 de septiembre de 1970, si ganaba Allende y se implantaba durante algunos años en Chile lo que para los Estados Unidos era un gobierno de tipo comunista:

...no tendríamos un gobierno de este tipo en una isla en un país poco importante de América Latina, sino en un país importante de América Latina, con un gobierno comunista unido, por ejemplo, a Argentina, que ya está profundamente

<sup>9</sup> Armando Uribe, *El libro negro de la intervención norteamericana en Chile*, México, Siglo XXI, 1974.

dividida, con la que tiene una larga frontera; unido a Perú, que se ha estado moviendo en direcciones que dificultan tratar con él y unido a Bolivia, que también ha avanzado en una dirección más izquierdista, contra los Estados Unidos.

Por estas razones, que se hallaban directamente encuadradas en la paranoica interpretación del comunismo desarrollado por los Estados Unidos, se desató la furia imperialista en Chile bajo una pantalla de relaciones diplomáticas que, con la apariencia de una relación distante, planteó de manera determinante “el punto de vista de Wáshington de cómo funciona el mundo, cómo debe funcionar y cómo se le debe hacer funcionar”,<sup>10</sup> es decir, su nueva estrategia: la desestabilización contrarrevolucionaria.

A raíz de esto, la CIA fue autorizada para gastar 8 millones de dólares con el fin de “desestabilizar” el gobierno de Salvador Allende en el periodo 1971-1973.<sup>11</sup>

De acuerdo con los informes de la Comisión Church del senado norteamericano,<sup>12</sup> el hombre clave dentro del programa de desestabilización de Chile fue Kissinger, “el arquitecto, la figura central, como presidente del Comité de los 40, en diseñar la política global para el caso chileno”. Muchos aspectos de esa política “fueron preparados por el Comité de los 40 y grupos de inteligencia de alto nivel que lo precedieron y que respondían sólo ante el presidente de los Estados Unidos”. La estructuración de los aspectos más particulares del mismo fueron normados por el criterio del equipo local chileno de la CIA, intercalado y protegido en la embajada norteamericana, las empresas multinacionales y la United State Information Agency.

Para el momento en que este modelo estuvo listo, la burguesía chilena se había dado cuenta de que la Unidad Popular afectaría sus intereses sin darle posibilidad de negociarlos (vaga esperanza que acarició al principio de su gobierno) y por lo tanto se incorporó en bloque a la alianza ya establecida, a la que se podría llamar la “vanguardia” de la burguesía local dentro de la ofensiva imperialista.

Afrontar el programa desestabilizador fue posible tanto para la burguesía chilena como para el imperialismo, porque ambos estaban persuadidos de que:

<sup>10</sup> Richard Fagen, “Los Estados Unidos y Chile: Raíces y Ramificaciones”, en **Chile Informativo**, núm. 79, 1975, p. V.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. V.

<sup>12</sup> Informes publicados por la comisión senatorial presidida por Frank Church, Congreso de los Estados Unidos, diciembre de 1975.

- a) Tenían el monopolio de la verdad, o que la verdad es la perspectiva triunfadora que el más fuerte tiene del mundo;
- b) La paz, el bienestar y el progreso son fenómenos independientes del pleno ejercicio de las libertades individuales y los derechos humanos; y
- c) Los hombres pueden ser manipulados en la medida en que se controlan sus fuentes de información y se exaltan sus temores y aspiraciones.<sup>13</sup>

El programa de desestabilización incluyó la guerra psicológica. Dentro de las prioridades que fijaron los requerimientos para su puesta en marcha (de la guerra psicológica), se necesitó un aparato informativo eficaz. Éste fue provisto por el “clan Edwards” mediante un “arreglo” entre éste y la CIA, en el cual actuaron como intermediarias las empresas transnacionales norteamericanas.<sup>14</sup>

En colaboración con el “clan Edwards”, que era dueño y/o controlaba en 1965 el 20 por ciento del total de los capitales sociales de Chile, pero que fue afectado seriamente por el gobierno de Salvador Allende, la CIA pudo llevar a la práctica sus planes.

El “clan Edwards” puso a su disposición el periódico **El Mercurio** –el de mayor influencia en el país– y su editorial **Lord Cochrane**. Asimismo sirvió de enlace con otros sectores de la burguesía nacional ligados a la industria de la información.<sup>15</sup>

La estrecha colaboración de los Edwards con el imperialismo no fue casual, sino que la

compleja trama de intereses bancarios, industriales y financieros, nacionales y dependientes de los monopolios de Estados Unidos, es lo que ha defendido permanentemente la empresa El Mercurio con su cadena de diarios y el bloque de revistas editado por su otra gran empresa editorial Lord Cochrane.<sup>16</sup>

Los Estados Unidos apreciaron justamente el valor de esta alianza, ya que a través de dos de los agentes de la CIA que operaban desde la ITT chilena, H. Hendrix y R. Bellerrez, se habían informado que:

<sup>13</sup> Estos datos fueron inferidos de las declaraciones hechas por los miembros de la Junta Militar chilena y Henry Kissinger, después del golpe de Estado.

<sup>14</sup> Rubén Manrique, “El ‘Clan Edwards’, El Mercurio y El Golpe”, *Bohemia*, núm. 13, año 60, Cuba, 1974.

<sup>15</sup> *Idem.*, p. 46.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 47.

los periódicos de El Mercurio son otro factor clave. Es de extrema importancia mantenerlos vivos...Son la única voz abiertamente anticomunista que queda en Chile y se hallan sometidos a severa presión especialmente en Santiago. Este podría resultar el talón de Aquiles para los seguidores de Salvador Allende...<sup>17</sup>

La alianza con los Edwards se consolidó tras una entrevista en Washington el 15 de septiembre de 1970, entre Agustín Edwards –el hombre fuerte del clan–, Donald Kendall –presidente de la Pepsi Cola y amigo personal del presidente Nixon–, Henry Kissinger –asesor presidencial en cuestiones de seguridad– y John Mitchell –el fiscal general. Ese mismo día, horas más tarde, Nixon se reunió con Kissinger, Mitchell y Richard Helms –entonces director de la CIA– “y les ordenó organizar un golpe militar en Chile”.<sup>18</sup>

El costo del programa de desestabilización fue –de acuerdo a lo que se había presupuestado– de 8 millones de dólares distribuidos en 1970-73 entre diversos organismos de prensa derechista. **El Mercurio** en ese periodo percibió 1 665 000 dólares. La inversión se justificó mediante los grandes intereses económicos en juego y el alto nivel de información científica incorporada al programa.

La información que sirvió para concretar el programa desestabilizador en su fase de guerra psicológica fue producto del análisis de las distintas experiencias norteamericanas exitosas en cuestiones similares, relacionadas con los datos de que se disponía tanto en los grupos de inteligencia como en las universidades, relativos a Chile.

El modelo de guerra psicológica contrarrevolucionaria en Chile tuvo por objetivo general crear las condiciones necesarias subjetivas para dar por resultado un golpe de Estado que cambiara radicalmente la actitud chilena hacia los Estados Unidos y reinstalará el capitalismo en gran escala.<sup>19</sup>

Este objetivo podría alcanzarse de dos maneras distintas, cada una de ellas con sus propias ventajas e inconvenientes; la guerra psicológica tentó ambas, y sólo a través de una de ellas alcanzó su meta.

En primer lugar, el objetivo se podría alcanzar mediante la destrucción de la confianza del proletariado chileno (o un sector

<sup>17</sup> De acuerdo al informe de la comisión senatorial norteamericana presidida por Frank Church y citada en “**El Mercurio: un Tentáculo de la CIA**”, **Chile Informativo**, núm. 79, 1975.

<sup>18</sup> Las condiciones materiales que coadyuvarían al éxito del golpe de Estado serían tratadas a través de la guerra económica.

<sup>19</sup> Ariel Dorfman, **Ensayos quemados en Chile**, Buenos Aires, Argentina, Ediciones La Flor, 1974, p. 126.

representativo de éste) en el gobierno de la Unidad Popular, de manera que “la revolución supuestamente traicionada, las masas desilusionadas... se opondrían al gobierno”, dando pie a un golpe de Estado de base popular (pero controlado por el ejército).<sup>20</sup>

En segundo lugar, el objetivo se podría alcanzar a través del derrocamiento del gobierno constitucional en nombre de los monopolios y del imperialismo,<sup>21</sup> mediante un golpe de Estado militar, sin base popular, arguyendo que tenía por finalidad salvar la institucionalidad, en una situación coyuntural de falsa crisis. Esta falsa crisis sería proyectada a través de los medios de información de masas como pretexto para la acción.

Cada una de las dos maneras de alcanzar el objetivo dio lugar al desarrollo de tácticas diversas, que sin embargo se reforzaron mutuamente.

Para que el objetivo se alcanzara a través de un golpe de base popular –que era lo que más le interesaba a los Estados Unidos–, se proyectó crear un progresivo deterioro del gobierno fundado en su falta de comunicación con los trabajadores. Sin embargo los trabajadores eran quienes habían dado su apoyo a la Unidad Popular. Por lo tanto, lo que se requería para destruir la confianza de éstos, era hacerlos sentirse alejados y traicionados por el gobierno. Posteriormente, con algún pretexto adecuado –que podría ser también alguna consigna de izquierda–, se colocaría al proletariado chileno, o a una facción representativa de él, en una posición ofensiva. La ofensiva obrera respaldada por los militares, que aprovecharían la circunstancia, daría el golpe. Y el gobierno pasaría a manos del ejército.

Las ventajas de este proyecto eran evidentes: la izquierda sería acosada por la izquierda y el gobierno quedaría en manos de la derecha. Siendo la propia clase obrera la que enfrentaría al gobierno, el imperialismo norteamericano quedaría resguardado de cualquier denuncia de intromisión, a la vez que se fortalecería el sistema capitalista ante el mundo. Por otra parte, el socialismo sufriría un rudo golpe, puesto que el fracaso en Chile podría ser tomado como ejemplo de su ineficacia, como resultado del terror comunista y como producto de los intereses oscuros de los “países totalitarios”.

Las desventajas de este proyecto fueron muy concretas: la clase obrera ya estaba identificada con el gobierno de la Unidad Popular, y existían innumerables elementos que la acercaban a éste, frente a los cuales las denuncias del imperialismo podrían

<sup>20</sup> La posibilidad de que el proletariado se levantara en contra de Salvador Allende fue descartada después de las elecciones de marzo de 1973, en que la Unidad Popular alcanzó un nuevo triunfo ante las urnas.

<sup>21</sup> Esta fue la alternativa que llegó al éxito el 11 de septiembre de 1973.

resultar estériles (o contraproducentes como ocurrió en la realidad). La politización de la clase obrera, el desarrollo de su conciencia de clase, podría impedir el éxito del objetivo si no se lograba el distanciamiento del gobierno.

Por otra parte, si el objetivo se alcanzaba a través de un golpe de Estado impopular, dirigido por la burguesía y el ejército, sería necesario hacerlo aparecer como la acción salvadora ante la crisis nacional. La situación de crisis que era necesario crear para ello, se difundiría ampliamente a través de los medios de información masiva de propiedad de la burguesía chilena (y tendría, desde luego, repercusiones en los medios informativos del gobierno). Utilizaría, a fin de dar la apariencia de un respaldo popular, la más amplia y organizada movilización de la burguesía y pequeña burguesía nacional. El caos artificial creado a nivel superestructural podría asirse de algunos fundamentos materiales dados por la aplicación simultánea de la guerra económica. La intervención militar se daría en nombre del orden y la defensa de la institucionalidad.

Las ventajas de este proyecto estribaron en que no se necesitaría romper ninguna adhesión a la Unidad Popular, y a lo sumo se atacaría el prurito pequeño burgués de respeto a los gobiernos elegidos democráticamente. Los intereses de la burguesía chilena estaban siendo frontalmente atacados, y por lo tanto ella era un elemento favorable a cualquier recurso que acabara con las expropiaciones y las nacionalizaciones. La pequeña burguesía sería presa fácil si se le hacía ver que también sus privilegios estaban en peligro. Ambas podrían participar en campañas difamatorias que precipitarían la "crisis". Pedirían el apoyo de los militares y les darían su respaldo para el golpe y para después de éste.

Sin embargo lo que más pesó a favor de esta alternativa fue que la burguesía aún poseía el control de importantes centros de poder en el país: el Senado, la Suprema Corte de Justicia, las organizaciones empresariales y profesionales, los medios de información de masas (la mayoría de ellos) y empresas clave, como la de transportes.

Las desventajas de este proyecto se fundaron en la impopularidad del golpe, en el conocimiento —que fue necesario neutralizar— que se tuvo en el gobierno de Salvador Allende sobre la intromisión imperialista y, en fin, en la imagen mundial que provocaría el carácter clasista-imperialista del golpe, con el consiguiente deterioro de la imagen de los Estados Unidos.

Lo importante fue que cualquiera que fuera el modo en que se lograra llegar al objetivo fijado por la guerra psicológica contrarrevolucionaria en Chile, éste se iría alcanzando a través de etapas móviles, dúctiles para el aprovechamiento circunstancial,

donde los recursos necesarios para alcanzarlo (por cualquiera de las dos alternativas previstas) se enriquecerían mutuamente.

Las etapas a través de las cuales iría evolucionando el proceso de guerra psicológica afectarían en forma simultánea a la población civil y militar.<sup>22</sup> Sin embargo tácticamente se ocultaría el desarrollo del proceso dentro del sector militar, de modo tal que mientras la población civil “avanzara” desde la desobediencia civil a la resistencia civil, el ejército aparentemente se mantendría marginado, irrumpiendo la ofensiva militar en forma intempestiva y coetánea con la ofensiva civil.

La ofensiva militar estaba destinada a dar el golpe de Estado, y como su éxito se fundaba en gran medida en la aplicación militar de un sólo tipo de acción psicológica (la imperialista), se aclara la aparente falta de intervención de este sector en las luchas preparatorias de la situación golpista que dieron los civiles, ya que se trató de preservarlo a fin de garantizar el éxito de la intervención.

Las etapas de evolución de la guerra psicológica contrarrevolucionaria en Chile contemplaron la imposición a la población de una serie de prejuicios acerca de la situación del país que, en la medida en que fueran internalizados, permitirían el avance hacia el objetivo final. Estos prejuicios se difundirían regularmente a través del aparato informativo y de las acciones colectivas (marchas, paros, etcétera), destinadas a tal efecto.

El pasaje de una etapa hacia la siguiente –inscrito dentro del marco de un acercamiento mayor al objetivo– tendría lugar en la medida en que, a nivel popular, se tratara de burguesía, pequeña burguesía y/o proletariado, se produjeran manifestaciones que demostraran que los prejuicios propuestos se habían impuesto en su conciencia (la falsa conciencia).

La forma en que se propondrían los diversos prejuicios previstos para cada etapa estaría normada por las exigencias particulares de la ejecución.

Si en la planeación del modelo de guerra psicológica se dieron los lineamientos generales de la lucha psicológica, en la ejecución se trataron los aspectos particulares específicos necesarios para optimizar su efecto mediante el uso de los recursos más convenientes.

<sup>22</sup> Las etapas del desarrollo de la guerra psicológica en Chile son mencionadas por Ariel Dorfman en *Ensayos quemados en Chile, op. cit.*, pp. 129 y 130.

## La ejecución

La puesta en marcha de la guerra psicológica contrarrevolucionaria en Chile significó —como ya se ha señalado— la utilización sistemática de los recursos destinados a tal efecto: medios de información, personal técnico especializado y dinero. Para que esta utilización fuera óptima, los distintos recursos sufrieron ciertas modificaciones apropiadas para implementar el desarrollo de los prejuicios que, al arraigarse en la población chilena, permitieran el cumplimiento exitoso de cada una de las metas parciales que la guerra psicológica necesitaba alcanzar en Chile —como necesarias y sucesivas— para lograr su objetivo final: reintegrar al país al área de influencia directa del imperialismo norteamericano.

Esta adecuación de los recursos puede comprobarse, por ejemplo, a través de las transformaciones que sufrió **El Mercurio** hasta ponerse en condiciones de funcionar como un arma directa enfocada al blanco. Porque si bien **El Mercurio** contaba con una experiencia, tan larga como su vida, al servicio de la burguesía y la defensa de los intereses del imperialismo, sus luchas siempre se dieron en condiciones netamente favorables a los intereses que representó y, por ello, en una situación diferente —en que el poder presidencial recayó en su tradicional enemigo: la izquierda— no se le consideró instrumentalmente capaz de afrontar —tal como funcionaba— el destacado papel que le fuera asignado dentro del proceso de guerra psicológica. Por ello, se introdujeron ciertas modificaciones destinadas a acentuar su agilidad, de modo que pudiera responder eficazmente a las instrucciones pertinentes para la aplicación de la guerra psicológica en su área de competencia. Esas modificaciones fueron costosas; a ellas se destinó el millón seiscientos sesenta y seis mil dólares que la CIA entregó a **El Mercurio**; una buena parte de él se utilizó en ampliar su tiraje y distribución, de modo que avanzara una cobertura nacional. Pero asimismo las modificaciones incluyeron al personal capacitado para llevar a la práctica los lineamientos generales previstos en el modelo de guerra psicológica.

Por ello, y a pesar de la existencia de lineamientos generales acerca de qué, cómo, cuándo, por qué y para qué publicar determinado tipo de información que dieron los especialistas de la CIA de dentro y fuera de Chile, se incluyó un equipo de planta en el periódico, compuesto por Enno Hobbins, Alvaro Puga y Juraj Domic.<sup>23</sup> Este equipo se encargó de adaptar dichos lineamientos generales (elaborados para marcar las grandes líneas ofensivas)

<sup>23</sup> Luis Martín Guzmán, "Chile: Pugna MIR-Gobierno", en **Tiempo**, México, núm. 1617, 1973, pp. 41-42.

con el contenido particular de los hechos cotidianos, de manera tal que fueran cuales fueran las noticias diariamente se siguieran proyectando los prejuicios que proponían estos lineamientos.

Aproximadamente del mismo modo que ocurrió con la transformación de **El Mercurio**, en los demás medios de información, "agrupaciones intermedias", organizaciones patronales y profesionales y partidos políticos de derecha, se fueron haciendo "arreglos" destinados a convertirlos en instrumentos idóneos para su manejo en la ofensiva psicológica. Ello implicó su conocimiento –en lo general– de las metas, y el acatamiento de directivas superiores provenientes de la CIA para la organización de sus actividades; porque sólo de ese modo se puede comprender que hayan actuado en su momento con tal sincronización como lo hicieron.

Las etapas sucesivas para el logro del objetivo final de la guerra psicológica en Chile se desarrollaron dentro de un juego en el que fueron envolviendo a los propios sectores políticos de izquierda y obreros en general. Esto lo lograron a través de dos medios. El primero consistió en la infiltración destinada a "crear problemas". Estos problemas se plantearon, por ejemplo, cuando los infiltrados comenzaron a asumir actitudes provocativas, y dar pie con ello a las críticas de la derecha. Un caso que ilustra este tipo de actividad fue la foto publicada por **El Mercurio** en primera plana, donde se mostraba a un ultraizquierdista agrediendo con un garrote a un carabinero que trataba de esquivar los golpes,<sup>24</sup> y que sirvió de prueba de la ferocidad de los izquierdistas, a la vez que de estímulo para la represión militar y policial, dadas las agresiones recibidas...

El segundo medio, a través del cual la ofensiva imperialista-burguesa afectó a los sectores políticos de izquierda y a los obreros en general, consistió en una serie de ataques –de frecuencia constante y creciente intensidad– dirigidos hacia ellos desde los más diversos lugares del país, a través de múltiples canales (prensa, radio, paros, manifestaciones, etcétera) y en nombre de instituciones estrechamente vinculadas a los intereses de las compañías transnacionales y la burguesía chilena. Esta ofensiva –fundada en campañas sistemáticas de difamación– traspasó el límite de lo legal. Sin embargo pocas veces pudo ser castigada. La impunidad con que se manejaron las campañas difamatorias contra la presidencia, la Unidad Popular y la izquierda en general, se fundó en el hecho de que tanto el poder legislativo como el judicial se encontraban controlados por la derecha y actuaron

<sup>24</sup> Fred Landis, "La CIA Hace Titulares para El Mercurio", en **Chile Informativo**, núm. 79, 1975, p. XXI.

coludidos contra sus enemigos de clase. El Senado y la Suprema Corte de Justicia, en complicidad con los intereses de la burguesía –a la que representaban–, hicieron entonces un mañoso uso de la ley, desconociendo hechos y veredictos de juzgados menores.

Desde luego, las raíces de esta situación se encuentran en el hecho de que la Unidad Popular, al obtener la presidencia, no alcanzó a controlar más que este poder en el gobierno chileno. El juego democrático electoral la obligó a actuar junto a los diversos partidos derechistas nacionales que –unidos a su vez en bloque– aprovecharon los centros de poder bajo su control (Senado, Suprema Corte de Justicia) para hostigar a la izquierda, frenando e imposibilitando muchas iniciativas al sobreponer los intereses partidarios y de clase al interés nacional.

Dada esta situación –aunada al compromiso que la Unidad Popular asumió, de respeto por el libre juego democrático–<sup>25</sup> la izquierda y el movimiento obrero quedaron limitados a una posición defensiva y tardía, que generalmente adoptaba el tono de una aclaración y era apreciada en ocasiones sólo como justificación. Mas en momentos de extrema gravedad –como el originado por el paso de camioneros– prevaleció la contraofensiva de izquierda, que desenmascaró a los autores de la acción y los intereses que perseguían. No obstante –y por el mismo hecho de que los ataques provinieron de muchos frentes y distintas regiones del país aunada a la pluralidad de partidos integrados sobre la base del programa de la Unidad Popular– no prevaleció en el gobierno la observación justa de las vanguardias de izquierda de la Unidad Popular que relacionaban cada una de estas agresiones con un programa de guerra psicológica, sino una visión parcial y fragmentaria que limitó los efectos de la contraofensiva.

Por lo tanto, la posición-avanzada en la lucha ideológica que retuvo la alianza imperialista-burguesa debe ser comprendida no sólo por el hecho de que dispusiera de un modelo eficaz de guerra psicológica, sino también por las razones anteriormente expuestas.

No obstante, en ciertos sectores de la Unidad Popular, y del proletariado chileno en general, el proceso político desencadenado a partir del gobierno de Salvador Allende, y la posesión de

<sup>25</sup> La Unidad Popular no fue un partido político propiamente dicho, sino una unión de partidos y un programa común. Cada uno de estos partidos conservaba, sin embargo, diferencias con los demás, y aun cada uno de estos partidos, dada su historia, composición de clase y objetivos, tenía –a pesar de los rasgos comunes– distintos niveles de conciencia que se traducían en diferentes formas de encarar la situación nacional. El respeto por el libre juego democrático fue en este sentido un producto, tanto de la pluralidad partidaria, que trataba de preservar su independencia relativa de la Unidad Popular, como de los niveles de conciencia prevalecientes en ellos.

información acerca de la ofensiva imperialista en Chile, dieron lugar a una creciente toma de conciencia y una práctica compatible con ella que dificultó y finalmente neutralizó la acción psicológica contrarrevolucionaria sobre la masa obrera.

Todo esto imprimió a la ejecución de la guerra psicológica en Chile un ritmo propio, en el que cada acción se vio inscrita dentro del juego de fuerzas de los dos bloques antagónicos: el imperialismo norteamericano y la burguesía chilena, por un lado, y la Unidad Popular y los obreros, por el otro. Y esto es observable en el desarrollo de cada una de las etapas del proceso de la guerra psicológica en Chile, que se detallan a continuación.

a) La etapa de **desobediencia civil** tuvo un doble objetivo. El primero consistió en demostrar la ilegitimidad del régimen, su falta de base. El segundo se avocó a la organización de los sectores descontentos, preparándolos para entrar en acción. Ambos objetivos estaban estrechamente articulados. Su motor era la activa campaña emprendida por los grandes medios de información que controlaba y/o poseía la burguesía chilena, donde cobraron forma concreta los prejuicios<sup>26</sup> elaborados por los expertos de norteamericanos, al expresarse apoyando y sosteniendo noticias relativas a la vida nacional.

El final de esta etapa se dio en el momento en que ciertos sectores de la población civil comenzaron a manifestar públicamente su desacuerdo con el gobierno. Ya que este hecho daba la pauta de que los prejuicios interiorizados a nivel popular comenzaban a hacer actuar a los sectores más sensibles a esta operación e iniciaban una acción orgánica. Con lo cual los dos objetivos de la etapa quedaban satisfechos.

El sociólogo norteamericano John Pollock señaló cómo la prensa hizo un uso de la información "especialmente digno de interés", al plantear las fórmulas (o prejuicios) que él detectó para este periodo: "Allende está aislado; los problemas políticos, sociales y económicos de Allende adquieren proporción de crisis; los responsables de la crisis –las amenazas a la estabilidad– son de origen exclusivamente izquierdista..."<sup>27</sup>

Desde luego, los medios de información no actuaron solos en las etapas. Un equipo de sociólogos –el mismo que elaborará una falsa encuesta en los momentos previos al ascenso al poder de la Unidad Popular– los apoyaba, ya fuera con estudios de opinión o con materiales inscritos dentro del rubro "propaganda negra". Pero, por si esto fuera poco, organismos internacionales, como la

<sup>26</sup> Estos se encuentran detallados en la sección correspondiente del cuadro anexo al final.

<sup>27</sup> Fred Landis, *op. cit.*, **Chile informativo**, núm. 79, 1975, p. XX.

Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), también planteaban un frente ofensivo declarando que en Chile peligraba la libertad de prensa e inhibiendo con sus declaraciones algunas medidas legales del gobierno destinadas a acabar con la campaña de difamación a través de los medios de información.<sup>28</sup>

Por otra parte, en esta etapa actuó también el American Institute for Free Labour Development colaborando para la formación de la Confederación de Profesionales de Chile, que jugaría un papel activísimo en las etapas siguientes.

Paralelamente, comenzó el deterioro de la economía chilena, como producto de la agresión directa de los Estados Unidos y del sabotaje de los industriales y comerciantes locales. Los conflictos que esta guerra económica produjo en Chile, sirvieron de pretexto a la ofensiva psicológica que recurrió al fantasma del desabastecimiento y lo elevó al rango de indicador de la crisis “causada por el gobierno comunista de la Unidad Popular”. Sobre este andamiaje se extendió rápidamente a nivel de la pequeña burguesía el prejuicio que afirmaba el empobrecimiento rápido de la clase y la pérdida de su seguridad y confort. También ciertos niveles retrasados del proletariado –como, por ejemplo, las esposas de los obreros que no discutían su actividad política en el hogar– fueron absorbidos por esta ofensiva.<sup>29</sup>

Las mujeres amas de casa –desorganizadas, apolíticas, desinformadas y alejadas del proceso productivo– fueron uno de los blancos que activó esta etapa. Este sector, percibiendo sólo las necesidades inmediatas de su hogar y las dificultades crecientes para satisfacerlas, se convirtió en un agente activo de la inconformidad. Las colas en los almacenes y otros centros de aprovisionamiento de alimentos sirvieron para la acción de los agitadores y se convirtieron en sitios claves de inconformidad. Organizaciones de derecha, como Poder Femenino, tuvieron un papel destacado en la interpretación que dieron las amas de casa al desabastecimiento, y la organización de grupos de mujeres que entrarían en acción en la siguiente etapa.

b) La etapa de **resistencia civil**, iniciada a fines de 1971 con la famosa “marcha de las cacerolas”, tuvo por objetivo movilizar a todas las fuerzas sociales en una gigantesca campaña de descrédito del gobierno. La resistencia activa se sostuvo mediante la agudiza-

<sup>28</sup> Al respecto se recomienda leer en **El Día**, 17 de octubre de 1974, los informes del Primer Encuentro de Periodistas (p. 8) donde se señala el papel de la Sociedad Interamericana de Prensa en el caso chileno, y asimismo recordar que Agustín Edwards (jefe del Clan del mismo nombre, dueño de **El Mercurio**) fue su presidente en el periodo inmediato anterior.

<sup>29</sup> “Testimonio. Prensa y Lucha Ideológica en los Cordones Industriales de Santiago”, en **Comunicación y Cultura**, núm. 2, 1974, p. 90 y 91.

ción de la campaña derechista en los medios de información reforzada por la utilización de nuevos prejuicios, aún más agresivos que los de la etapa anterior.<sup>30</sup>

La marcha de las cacerolas fue una manifestación de amas de casa, que munidas de utensilios de cocina salieron a las calles de Santiago para protestar por el encarecimiento y el desabastecimiento, sin comprender que ambos hechos no dependían del gobierno, sino del sabotaje económico de grupos derechistas locales. La acción de estos últimos –aunada a la repercusión de la protesta– dio lugar a que el gobierno tomara cartas en el asunto y estableciera canales de distribución de alimentos propios, así como castigara a los acaparadores y los traficantes “del mercado negro”, el cual se extendió a lo largo del país. La falta de recursos materiales que afrontó en este caso, debida a la incompatibilidad de los intereses representados en el gobierno, aunado al esfuerzo por controlar situaciones conflictivas que se multiplicaban cada día y se extendían como un reguero de pólvora, impidieron que las medidas gubernamentales acabaran con el problema. Sin embargo atenuaron su magnitud, neutralizando en parte sus efectos.

Pero la ofensiva imperialista-burguesa arreció su embate. Abrió nuevos frentes para la lucha. En *El Mercurio*, por ejemplo, apareció la sección titulada “A Dónde Va la Clase Media”, destinada a reforzar la imagen de empobrecimiento de la pequeña burguesía, presentando cotidianamente nuevos “dramas” para la existencia de este sector. También la radio –como es el caso de Radio Agricultura– dio lugar a programas normalmente ridículos, pero que adquirirían en esta situación un significado especial, como la denuncia de que en cierto pueblo del interior un miembro de la Unidad Popular se había robado dos pollos destinados a la venta al público. Con esto se reforzó la imagen ya distorsionada y desfavorable de la Unidad Popular, que presentaron los medios de información durante la etapa anterior.

El rumor político acompañó siempre las campañas difamatorias de los medios, a veces antecediéndolas, a veces complementándolas y otras manteniendo fresco el recuerdo de pasadas denuncias. Y fue un rumor el origen de uno de los momentos culminantes de este periodo, que podría haber desencadenado el golpe militar. Dicho rumor aseguraba que el transporte sería nacionalizado. No obstante, no fue casual el hecho de que este rumor comenzara a circular cuando el transporte del Estado se encontraba en plena crisis, casi totalmente parado por falta de repuestos (ya que las empresas transnacionales que los surtían se negaban a venderlos debido a que participaban de la guerra económica), si se ven las

<sup>30</sup> Ver anexo.

repercusiones que tuvo más adelante. Puesto que, en efecto, **El Mercurio** se encargó de darle su espaldarazo, proclamando a este rumor como una verdad próxima. La trama urdida previó que si no se contaba con el transporte estatal, la posibilidad de un paro traería consecuencias críticas. No se hizo esperar la reacción de los camioneros, que desde la lejana provincia de Aysen iniciaron el paro en octubre de 1972 y –pese a la aclaración presidencial en el sentido de que el transporte no sería nacionalizado– pidieron a sus colegas la extensión del mismo a nivel nacional.

Cuatro senadores en sus respectivos discursos declararon, en nombre de los partidos de oposición, que el gobierno iba quedando en estado de ilegitimidad. Simultáneamente el paro de transportistas se daba en todo el país, agravado por las adhesiones de la Confederación de Profesionales y las uniones de comerciantes.<sup>31</sup>

Ante la situación creada, el presidente Allende dirigió claros discursos a la población en los que desenmascaraba la responsabilidad de la burguesía nacional y el imperialismo en la crisis. La Unidad Popular, trabajando estrechamente con los obreros, logró mitigar la descomposición económica inminente. Pero el gobierno se vio obligado a buscar el apoyo de las Fuerzas Armadas para restablecer el orden en el país.

Con ello, este actor (las Fuerzas Armadas) aparentemente desvinculado de la política se situó en un nivel central al controlar los principales ministerios. Algunos de los partidos políticos reunidos dentro del bloque de la Unidad Popular criticaron duramente el hecho, pero no pudieron proporcionar otra salida a la crisis.

De acuerdo a datos que ya resonaban en Chile durante el paro de fines de 1972, la institución que permitió –a través de su financiamiento– sostenerlo durante el lapso de dos meses que duró, fue la CIA.<sup>32</sup>

Y la inversión de la CIA se justificó en razón de la cuña lograda dentro de la composición ministerial. En efecto, la participación de militares en el gabinete –aunque no fueran precisamente los de la línea dura– abría materialmente el paso a las Fuerzas Armadas en bloque, hacia la participación como árbitros de la situación. Árbitros que poco a poco se irían adueñando de la misma hasta controlar todas las contingencias posibles ante la “imperiosa eventualidad del golpe”.

Sin embargo el paro patronal de camioneros tuvo una incidencia insospechada por la burguesía chilena y los Estados Unidos, a

<sup>31</sup> Armando Uribe, *op. cit.*, pp. 165 y 166.

<sup>32</sup> “Testimonios: Prensa y Lucha Ideológica en los Cordones Industriales de Santiago”, *op. cit.*, p. 77.

nivel de la clase obrera. La situación creada en el país fue lo suficiente clara como para que el proletariado chileno pudiera distinguir la acción antinacional de sus enemigos de clase, y la conciencia obrera estuvo lo suficientemente madura como para que se formaran en las zonas periféricas de Santiago los cordones industriales, núcleos donde empezó a germinar una nueva práctica, más compatible con los intereses de los trabajadores.<sup>33</sup>

Por lo tanto, paradójicamente, mientras más se aproximaba la guerra psicológica al logro de su objetivo, el golpe, más se alejaba de la alternativa golpista de base popular, que era la que más le interesaba a los Estados Unidos. Sin embargo, por el efecto resonante de la reciente escalada, éstos no evaluaron correctamente los efectos que esta acción tuvo a nivel obrero, y continuaron gastando sobre esa población un considerable y costoso esfuerzo, destinado a lograr el apoyo de los trabajadores en las elecciones de febrero de 1973.

La campaña electoral de 1973 para apoyar a la oposición fue particularmente cara (la CIA invirtió 1 500 000.00 dólares). En ella, los medios de información burgueses no cesaron de argumentar en contra de la Unidad Popular arguyendo cuestiones de por sí ridículas, como, por ejemplo, la de que cierto ministro era un sátiro, debido a que usaba calzoncillos rojos (Radio Agricultura, diciembre de 1972) —lo cual supuestamente se había comprobado debido a que el mismo sufrió un accidente automovilístico y fue internado en un hospital donde se descubrió el “escandaloso” color de sus calzoncillos. A este mismo nivel, pero como proposición positiva se proponía la candidatura del coronel Labbe, quien —si se atendía a la propaganda— formaba juventudes con la misma eficiencia que cualquier instructor de perros.

Los resultados de la elección descalabraron los “mejores” planes del imperialismo. La Unidad Popular aumentó su poder, logrando obtener el 44 por ciento de los votos, pese a la reciente crisis nacional y a la campaña electoral. Por ello, la ofensiva imperialista burguesa se vio obligada a abandonar la idea del golpe de Estado de base popular, ya que el pueblo trabajador, pese a todos los intentos de manipulación, no cayó en el juego de la guerra psicológica y, por el contrario, se inclinó aún más a favor de la Unidad Popular.

Este hecho no sólo fue significativo desde este punto de vista, sino que tuvo una consecuencia grave e inmediata. Permitió calcular a los agresores el peligro de una lucha prolongada en la que, inexplicablemente para ellos (e inevitablemente también), el proletariado chileno lejos de distanciarse del gobierno se radicali-

<sup>33</sup> Armando Uribe, *op. cit.*, p. 168.

zaría y lo presionaría en el mismo sentido, hasta hacer insostenible la ofensiva imperialista burguesa. Previendo esta circunstancia como algo relativamente próximo y posible, fue que se entró de plano en la preparación y ejecución del golpe impopular. Es decir, se entró en la etapa de ofensiva abierta civil y militar.

Sin embargo, antes de entrar de lleno en materia, es necesario que expliquemos cuáles fueron las acciones que la guerra psicológica desarrolló sobre las Fuerzas Armadas a fin de que respondieran eficientemente en el momento del golpe a los requerimientos de la ofensiva.

c) **La desobediencia militar** fue una etapa relativamente independiente –respetuosa de un ritmo diferente– de las etapas de desobediencia y resistencia civil, ya que era vital, desde el punto de vista de los artífices del modelo de guerra psicológica de Chile, que se llevara a cabo sin fallas. Asimismo el ritmo propio de esta etapa se originó, por un lado, en las características propias de la población militar y, por otro lado, en la necesidad de mantenerla oculta al adversario, de modo que no pudiera combatirla o atenuar sus efectos mediante una acción contraria que revitalizara el nacionalismo y reforzara la imagen de los militares como defensores de la soberanía nacional y los intereses del pueblo chileno.

Por ello, los llamados a la participación golpista del ejército, realizados fuera de tiempo por los sectores de derecha que pretendían acelerar la crisis institucional, fueron rápidamente frenados. Tal es el caso del periódico **Tribuna**, que en diciembre de 1971 criticó a las Fuerzas Armadas por abstenerse de actuar en política y fue clausurado por orden del general Pinochet, quien afirmó que “en Chile no ocurren golpes de Estado” y señaló que estos titulares podían producir pánico en la población al tiempo que ofendían la dignidad y afectaban la moral de las Fuerzas Armadas.<sup>34</sup>

Pero a pesar de estas afirmaciones, la desobediencia militar estaba en germen aún desde antes del despliegue de la ofensiva de guerra psicológica en Chile por lo menos en ciertos sectores clave. Los Estados Unidos conocían este hecho porque habían recabado –a raíz de la aplicación del Plan Camelot– una rica información acerca de ciertas características del ejército chileno. En efecto –a pesar de que dicho plan no alcanzó a desarrollar todos sus objetivos–, se realizaron encuestas a generales del ejército en retiro y a un número no determinado de militares en servicio activo, elegidos entre los que seguían cursos en la Academia de Guerra y en el Instituto Politécnico Militar. El tipo de preguntas realizadas entre los generales en retiro –que da la pauta del tipo de

<sup>34</sup> **El Día**, 6 de diciembre de 1971, p. 6.

información que obtuvieron los Estados Unidos de las Fuerzas Armadas chilenas— es el siguiente: “Mientras usted estaba en el ejército, ¿se consideraba a sí mismo como derechista, algo derechista, algo izquierdista o como izquierdista? En general, ¿simpatizaba usted con algún partido político?”...<sup>35</sup>

En el periodo comprendido entre las elecciones presidenciales y la decisión del Congreso de que Salvador Allende ocuparía la presidencia del país, un grupo de militares chilenos en estrecha colaboración con la CIA, se ofreció a dar un golpe de Estado. Los conspiradores golpistas estaban nucleados en torno a un individuo como Roberto Viaux, general en retiro que conservaba el apoyo de varios oficiales y el liderazgo de grupos civiles de ultraderecha y a Camilo Valenzuela, comandante de la guarnición de Santiago.<sup>36</sup> Pero ya fuera porque al grupo no le parecieran lo suficientemente sólidas las garantías del gobierno norteamericano, porque el grupo de militares fuera aún minoritario, porque los Estados Unidos dudaran del éxito que tendría este golpe frente a su costo real o porque objetivamente la situación del país le fuera adversa, este intento golpista no prosperó.

Además de esto, existen indicios de que desde el principio las Fuerzas Armadas chilenas estaban predisuestas en contra del gobierno de la Unidad Popular. ¿Cómo es posible que los militares chilenos no hayan detectado y denunciado inmediatamente la agresión imperialista norteamericana a través de la guerra económica y la guerra psicológica, si ellos eran los más capacitados para hacerlo, los que estaban sensibilizados y entrenados especialmente para detectar las agresiones a su país? Desde este punto de vista los militares chilenos, o bien fueron ineptos, o bien traidores que actuaron con independencia de los intereses de su patria y de las decisiones de su pueblo, al enrolarse en las filas enemigas y servir a los planes de una potencia extranjera: los Estados Unidos.<sup>37</sup>

Sin embargo la simple inactividad frente a la ofensiva norteamericana —por ignorancia o por complicidad— los comprometió en la lucha, y así lo comprendió el coloso del imperialismo que trabajó activamente dentro de sus filas a fin de situarlos en condiciones de dar un golpe exitoso.

Este trabajo fue posible en la medida en que, a pesar de la diversidad de tendencias que caracterizaba a los grupos de militares, todos ellos habían sido entrenados para sostener el

<sup>35</sup> Fred Landis, *op. cit.*, p. XVI.

<sup>36</sup> Scherer García. “Nixon Ordenó en Septiembre Salvar a Chile”, en **Excélsior**, y Roberto Quiñones Álvarez, “Chile Vencerá”, **Bohemia**, núm. 27, año 66, Cuba, 1974.

<sup>37</sup> El golpe y la posterior actividad de las Fuerzas Armadas en Chile reafirma la segunda alternativa.

Estado burgués, el sistema capitalista dentro del cual se habían formado y que amenazaba desaparecer (ésta puede ser también una de las razones por las cuales algunos sectores de las Fuerzas Armadas dejaron avanzar la ofensiva sin denunciarla). Y es a este nivel donde puede detectarse el factor clave que decidió el éxito de la acción psicológica sobre los militares, ya que el conjunto de prejuicios que se les “inyectó” para orientarlos hacia el golpe y justificar su acción dándole un aspecto trascendental y libertador, encuadraba perfectamente con los valores impuestos a través de su rigurosa formación y entrenamiento (como, por ejemplo, la exaltación de la disciplina y la capacidad organizativa).

Simultáneamente, estos prejuicios desfiguraron mañosamente el sentido de algunos de estos valores, como es el caso de los conceptos clave de patria, libertad e institucionalidad, a los que dieron una significación subversiva. Pero el carácter cada vez más agresivo de los prejuicios impuestos, con su intencionalidad enfocada cada vez con mayor claridad, se diluyó en el contexto de una interpretación interesada (imperialista y burguesa) de la realidad inmediata.

Sin embargo éstos arraigaron en la conciencia de los militares, fundamentalmente a partir de la campaña de terror dirigida hacia ellos.

La acción “terrorista” sobre los militares constituyó una de las principales campañas de la guerra psicológica y tuvo por objeto crear en la población militar los temores (y despertar las ambiciones) que le permitieran integrar con facilidad los prejuicios acerca de la realidad nacional y su propia posición dentro de ella. De modo que este tipo de terror distó diametralmente del terror paralizante, inhibitor, puesto que al orillar a los militares hacia la búsqueda “de salvación”, los orientó hacia la alianza con el imperialismo y la burguesía.

El terror impuesto a los militares operó regularmente a través de diversos medios tácticos, tales como la radio y la prensa, los rumores, las manifestaciones, las denuncias, las amenazas, etcétera.

Los panfletos, por ejemplo, fueron uno de los recursos más utilizados al comienzo de la guerra psicológica; contenían mensajes de los calificados como propaganda negra y gris<sup>38</sup> y planteaban

<sup>38</sup> De acuerdo al **Manual de operaciones psicológicas en terreno** del ejército norteamericano, “La propaganda también se clasifica sobre la base de la identificación de su fuente. Blanca, identificable; Gris, oculta; Negra, deliberadamente atribuida a otra fuente. Gris, blanca y negra no se refieren a nada inherente al contenido.”

amenazas más o menos veladas, muchas de ellas promovidas por el agente de la CIA en **El Mercurio**, Juraj Domic.

Asimismo los medios de información masiva fueron planteando –cada vez con mayor insistencia (hasta cubrir el 50 por ciento de los titulares de **El Mercurio** poco antes del golpe)– la existencia de la “amenaza comunista”. Ésta se trató abiertamente desde antes de que Allende asumiera la primera magistratura; en efecto, ya el 1º de junio de 1970 apareció en **El Mercurio** una foto trucada de un cuarto de página donde tanques soviéticos aparecían instalados frente al palacio presidencial. El título de la fotografía decía: “Un gobierno pro-comunista abrirá la puerta de Chile a estos tanques”.<sup>39</sup> La “amenaza comunista” dio pie a un tinglado bien armado, dentro del cual funcionaron los juegos ofensivos más diversos. En la radio salieron al aire mensajes como el siguiente: “(Ruido de arma automática). Una mujer grita: los comunistas mataron a mi hijo. **Locutor**: esto podría suceder si Chile fuera comunista. **Locutora**: éste ha sido un mensaje de Poder Femenino.”<sup>40</sup> Toda la campaña de terror al comunismo orientada hacia la población chilena en general y difundida a través de los medios de comunicación, tenía, específicamente sobre el sector militar, la intención de hacer plausible la creencia de que en Chile se trataría de llevar a cabo una acción comunista similar “a la que fuera frustrada por las fuerzas libertadoras en Indonesia”. La cuestión de Indonesia –que en realidad no consistió en otra cosa que en la aplicación sistemática de un modelo de guerra psicológica imperialista sobre la población de dicho país– fue difundida de acuerdo a la interesada interpretación de los Estados Unidos.

La versión norteamericana de lo ocurrido en Indonesia señalaba que:

el Partido Comunista de Indonesia era un instrumento de China Roja. Tenía un plan secreto para infiltrar y dividir a las fuerzas armadas. En apoyo de la conspiración roja para obtener todo el poder, las armas comunistas se internaban de contrabando en bultos bajo la etiqueta “material de construcción”. La Juventud del partido comunista de Indonesia iba a usar las armas comunistas de contrabando para establecer un ejército paralelo, armando a los trabajadores y a los campesinos. Así se establecería una “Quinta Fuerza”, una base de poder alternativo, no leal ni al ejército ni al gobierno. El Partido Comunista de Indonesia tenía una “oficina especial” cuyos miembros usaban nombres falsos. Su función era

<sup>39</sup> Fred Landis, “La CIA Hace Titulares para **El Mercurio**”, *op. cit.*, p. XVIII.

<sup>40</sup> *Idem*, p. XVIII.

mantener contacto con los miembros de las Fuerzas Armadas simpatizantes del Partido Comunista. El partido Comunista tenía una lista secreta de objetivos a descabezar el día del golpe. La lista de aquellos incluía civiles, así como oficiales del ejército. El golpe fue planeado el día de las fuerzas armadas (30 de septiembre); el alto mando de las fuerzas armadas estaría en la capital, Yakarta, para la celebración de ésta. El decapitamiento de seis generales iba a realizarlo la guardia de Palacio con la aprobación del presidente Sukarno. El decapitamiento de civiles iba a realizarlo el partido comunista de Indonesia.

La indignación espontánea y razonable del ejército y el pueblo indonesio al conocer la conspiración fue tan grande que procedieron a decapitar a más de 500 mil comunistas. Ésta es la versión de la revista *Life*...<sup>41</sup>

La posibilidad de un plan similar al indonesio, que aplicarían los comunistas chilenos, no hubiera sido creíble dentro de ciertos sectores si no hubiera estado, a su vez, reforzada por las campañas de denuncia a la penetración comunista en el país, que transmitían los grandes medios de comunicación bajo el control de la burguesía local. Las campañas anticomunistas, que usaban cualquier pretexto para desatar sus vociferantes denuncias, eran un producto refinado que los especialistas norteamericanos de la agencia (CIA) imponían en el mercado de información. El contenido de sus denuncias, la fuente de la cual procedían los datos y las pruebas de los hechos citados, eran siempre vagos (salvo en los casos en que deliberadamente se inventaba una fuente); sin embargo el tratamiento de las noticias era excepcionalmente atractivo tanto por su integración especial<sup>42</sup> como por los elementos psicológicos que se aprovechaban (morbosidad, sensacionalismo, efectivismo, etcétera). Una de estas campañas, por ejemplo, dedicada a crear la impresión de que existían campos de entrenamiento guerrillero en el sur de Chile, se prestaba simultáneamente como prueba de que “los comunistas algo preparan”. Y esta amenaza, aparentemente próxima por lo repetida, minó la resistencia de sectores de la población civil y del ejército que pretendían mantenerse al margen de la situación, en una posición neutral –que no obstante fue la causa de su vulnerabilidad.

<sup>41</sup> Fred Landis, *op. cit.*, p. XV.

<sup>42</sup> Por ejemplo, en la prensa se utilizaban las primeras planas y los espacios más atractivos, titulares grandes, fotografías –aunque fueran fraguadas–, excelente impresión y tipología y se presentaba el núcleo de la noticia que se deseaba transmitir en un solo bloque, sin pases que distrajeran al lector.

No obstante, la desunificación de las Fuerzas Armadas, fragmentadas en grupos de generación, logias, etcétera, no permitió a la ofensiva imperialista-burguesa lograr que los militares asumieran en bloque una actitud agresiva frente a la presidencia y la Unidad Popular. Sin embargo la crisis nacional originada por el paro de camioneros —y los paros de apoyo que realizaron otros grupos— les abrió un lugar en el gabinete. Éste no dejó de significar una ventaja, puesto que colocó a las Fuerzas Armadas como árbitros en las cuestiones nacionales, brindándoles una importante experiencia y una ya valiosa fuente de información (a pesar de que, como ya se señaló, los militares que asumieron ministerios no eran de la llamada línea dura de la derecha).

Con ello, a través de canales de filtración de la información, situados dentro de las mismas Fuerzas Armadas, los Estados Unidos y la burguesía local enriquecieron su acción mediante la utilización cuidadosa de las discusiones y la documentación de carácter reservado, que se producían en el gabinete presidencial.

La culminación de esta etapa estuvo dada por el golpe militar del 29 de junio de 1973, que puso al descubierto la posibilidad concreta de una agresión por parte del ejército y que se tratara específicamente a continuación al plantear la ofensiva civil y militar, ya que por su carácter de pública la acción militar rebasa el sentido discreto y encubierto que tipificó la etapa de desobediencia militar.

**d) La etapa de ofensiva civil y militar** fue producto inmediato del análisis imperialista del resultado de las elecciones de 1973, en que la Unidad Popular alcanzó un nuevo triunfo ante las urnas. En esta circunstancia —obviamente descartada la alternativa de golpe popular— la alianza imperialista-burguesa debió integrar y coordinar perfectamente todas sus fuerzas y dar el golpe, antes de que la base obrera que sostenía el gobierno de la Unidad Popular pudiera alcanzar mayor conciencia y, con ello, impulsar al gobierno de Salvador Allende hacia la toma de decisiones y la adopción de una estrategia auténticamente revolucionaria.

Por lo tanto, dadas las circunstancias nacionales, la guerra psicológica continuó con su táctica de agresión en frentes múltiples —pero intensificándola— de manera que sirviera de pantalla o de elemento distractor de su verdadero objetivo: consolidar el control de los centros claves de poder dentro de las Fuerzas Armadas y afianzar los vínculos entre éstas y los centros de poder civil desde los cuales partiría el golpe.

Por otra parte, se trató de polarizar, hasta donde fuera posible, a la población, de manera que, por un lado, se captara el mayor número de simpatizantes con el golpe y, por el otro, se identificara con claridad a sus enemigos, con el objeto de hacer más efectiva la

represión que le sucedería, hasta acabar de manera definitiva con la izquierda chilena.

Para ello servirían tanto los recursos ya utilizados de difamación a través de los medios de comunicación de masas, como elementos nuevos cuidadosamente seleccionados, como por ejemplo la ley de control de armas. A través de esta ley, que prohibía la tenencia de armas y arsenales en manos de la población civil, se organizó un sistema de denuncias anónimas. Las denuncias anónimas acusaban sistemáticamente a reconocidos militantes de izquierda como portadores ilegales de armas y encubridores de arsenales. Estas denuncias se dirigieron, sin intermediarios, a las Fuerzas Armadas. Y éstas, a su vez, actuaron directamente allanando las casas de los sospechosos con independencia de cualquier otra medida legal que o bien diera bases más sólidas a las denuncias (pruebas), o bien indicara la mediación de los recursos de amparo y **habeas corpus**, de protección de la población civil contra esta indiscriminada e injustificada agresión.<sup>43</sup>

Los constantes allanamientos trataron de hacer sentir a la población civil y militar que si las armas proliferaban entre los izquierdistas, esto era señal de que alguna amenaza brutal estaba fraguándose. Y hábilmente los medios de comunicación informaron acerca del número de allanamientos y denuncias, más no del de los casos en que éstos resultaron ser totalmente falsos. Asimismo por medio de los allanamientos se obtuvo una información valiosa sobre los propios acusados a los que se sometió a interrogatorio —aun a pesar de no encontrar pruebas de su culpabilidad. Cada dato obtenido por este medio ayudó a configurar la estrategia represiva posgolpista y a prever las circunstancias más convenientes para el desarrollo del golpe.

La acción terrorista del grupo ultraderechista Patria y Libertad se intensificó en un intento por desarticular los cuadros de la Unidad Popular que más estrechamente colaboraban con el sector obrero y el campesino. La financiación de las actividades de este grupo que patrocinó la CIA, se canalizó por medio de los partidos de derecha. Los reiterados intentos de exterminarlo a partir de acciones legales e institucionales provenientes tanto del sector izquierdista del gobierno como de los sectores avanzados de la clase obrera, fueron mediatizados y finalmente contrarrestados por la acción de organismos (Senado, Suprema Corte de Justicia partidos de derecha, sectores del ejército y la policía) comprometidos con los intereses de la burguesía nacional y el imperialismo, que encubrieron sus actividades, extraviaron pruebas y falsearon hechos diluyendo responsabilidades.

<sup>43</sup> Ariel Dorfman, *op. cit.*, pp. 125-126.

Con ello, mientras la ofensiva imperialista burguesa se armó y practicó el terrorismo impunemente, la izquierda se vio situada a la defensiva en una posición cada vez más difícil, y fue agredida (mediante el uso caprichoso de la Ley de control de armas) sin que sus representantes ante el gobierno encontraran un medio eficaz para protegerla. Con ello, la relación institucional de poderes dentro del gobierno se decidió francamente a favor de los objetivos de la guerra psicológica en Chile.

Simultáneamente periódicos como **El Mercurio** se lanzaron en forma directa contra la presidencia, pero a diferencia de los ataques llevados a cabo en las anteriores etapas, no se la calumnió ni se la tachó de comunista, sino que se la ignoró. El objetivo de esta campaña fue hacer sentir que la presidencia —que ocupaba formalmente Salvador Allende— estaba vacante; que se daba en el país la mayor crisis institucional por falta, precisamente, del ejecutivo.

Dentro de este contexto se llegaron a producir aún algunos movimientos “populares” como la huelga de empleados de **El Teniente**, que tuvo la particularidad de que —a falta de una consigna propia y en un vano intento por crear una aparente escisión de la izquierda— utilizó el estribillo clásico de la Unidad Popular: “el pueblo unido, jamás será vencido”, en una versión particular, que expresaba: “El Teniente unido, jamás será vencido”.<sup>44</sup>

El 29 de junio se produjo un intento de golpe de Estado promovido por el grupo fascista Patria y Libertad. Fuerzas rebeldes ocuparon el centro de Santiago y atacaron el Ministerio de Defensa y el Palacio Presidencial; tras lo cual, tropas leales las rodearon exigiéndoles la rendición, mientras los cabecillas se asilaban en la embajada de Ecuador.

Aunque en el momento la Unidad Popular y las fuerzas sociales leales a la presidencia creyeron haber conjurado el golpe, la prolongación e intensificación de la agresión derechista en el lapso comprendido entre aquél y el 11 de septiembre de 1973 fue modificando su juicio. En efecto, los paros de dueños de camiones, taxis, buses y tiendas fueron acentuando la situación de crisis y tuvieron repercusiones no sólo desde el punto de vista de la guerra económica, sino de la guerra psicológica. A consecuencia del descalabro de la vida nacional se desarticuló totalmente el gabinete presidencial, y presentó su renuncia el general Prats como ministro de defensa, quien daba al régimen de Salvador Allende la garantía de neutralidad de las Fuerzas Armadas. Con ello, el general Pinochet —que en repetidas ocasiones había manifestado

<sup>44</sup> *Ibidem.*

públicamente que las fuerzas armadas no debían dejarse influir ni actuar en política— fue designado comandante del Ejército.

Evidentemente, a la luz de los hechos que ocurrieron con posterioridad al “frustrado” golpe del 29 de junio, éste no tuvo por objetivo derribar al gobierno de la Unidad Popular. Su interés, por el contrario, fue poner en descubierto las fuerzas leales a la presidencia, sus posibilidades de defensa y sus flaquezas y debilidades. Asimismo cumplió con otros dos objetivos: en primer lugar —y dadas las características ultrarreaccionarias de los “golpistas—, como éste había sido “el golpe fascista”, hizo pensar a la opinión pública que de ocurrir otro golpe, éste ya no podría provenir del mismo sector, sino del de los “moderados”; y en segundo lugar, aproximó, a través de las discusiones y críticas que se suscitaron en el seno mismo de las Fuerzas Armadas, a los militares más tibios a la idea de participación en golpes de Estado.

A partir de entonces, y como si el “golpe” hubiera desatado una reacción en cadena, los acontecimientos se precipitaron.

Durante el mes de julio de 1973:

la CIA confeccionó un documento de seis páginas pretendiendo demostrar un plan de izquierda para descabezar a las Fuerzas Armadas que fue profusamente publicitario. Este documento fue realizado por el equipo de la CIA que trabajaba bajo la cobertura de la misión militar de 35 norteamericanos ubicada en el séptimo piso del Ministerio de Defensa. Poco después, el 23 de agosto de 1973 se reunieron con dos colegas de Inteligencia Naval Chilena para presentarles el documento.<sup>45</sup>

El terreno psicológico para la aceptación de este documento (llamado “Plan Z”) por parte de los sectores burgueses y aburguesados de la población civil y de la militar había sido hábilmente preparado a través de la campaña anticomunista, la denuncia de la existencia de campos de entrenamiento guerrillero en un lugar impreciso del sur chileno, la ley de control de armas y el modelo indonesio. El ánimo de los militares además estaba enardecido por los ataques de las mujeres de Poder Femenino —organización derechista— que reunidas frente a los cuarteles les arrojaban plumas y maíz y les llamaban gallinas por no intervenir —por no interrumpir— la vida democrática de la nación. Este clima artificial permitió al “Plan Z” alcanzar rápidamente sus objetivos: acabar con las resistencias al golpe, fundadas en pruritos moralistas pequeño burgueses, y ponerlo en marcha.

<sup>45</sup> Fred Landis, *op. cit.*, p. XXIX.

El “Plan Z” no demostró en absoluto el “sentido” creativo de los especialistas norteamericanos que lo redactaron. No fue más que una copia cuidadosa del modelo indonesio, a la que, desde luego, fue necesario hacer ciertos ajustes. Entre ellos, personalizarlo por medio de una computadora para que cada oficial chileno pudiera descubrir su nombre y los de sus hijos entre los futuros “descabezados”.<sup>46</sup>

Según la versión que los militares golpistas dieron en **El libro blanco de cambio de gobierno en Chile**, en noviembre de 1973, el “Plan Z” planteaba una agresión física a los militares y los civiles. Según esta versión, el Partido Comunista Chileno era un instrumento de los soviéticos y se proponía infiltrar y dividir –para luego atacar– a las Fuerzas Armadas, con el objeto de obtener todo el poder para sí. El ataque contra los militares estaría reforzado por la formación de una milicia del pueblo, armada con equipo bélico procedente de Cuba e internado ilegalmente en el país. Este ejército popular estaría organizado con relativa independencia de la Unidad Popular y controlado por el MIR y el MAPU,<sup>47</sup> que tenían una oficina especial cuyos miembros usaban nombres falsos y que, a la vez, mantenía contacto con los militares que simpatizaban con la izquierda.

La ofensiva comunista se proponía atacar el día de las Fuerzas Armadas (19 de septiembre) al alto mando, a quien ultimaría fácilmente, por hallarse reunido celebrando la fecha en el palacio presidencial.

Los responsables del asesinato del alto mando serían los propios miembros de la guardia presidencial. Asimismo se acabaría con todas las unidades superiores de las fuerzas armadas y –mediante la acción de la milicia popular– se perpetraría el descabezamiento de civiles, incluyendo familias completas.

El “Plan Z” fue reforzado además por una campaña de correspondencia propia del tipo de propaganda gris, mediante la cual se enviaron miles de cartas anónimas que decían: “Yakarta se acerca” (lo que no previó la inteligencia norteamericana, responsable de su envío, es que en español el nombre de la capital indonesia se escribe con “J”, Jakarta). Estas cartas trataron de atenuar la grosera copia del modelo indonesio que fue el “Plan Z” y aprovechar sus semejanzas para recrear la situación de terror antes lograda en Indonesia.

Desde luego, el efecto psicológico del “Plan Z”, dado a conocer públicamente a partir del 25 de agosto, fue notable sólo entre

<sup>46</sup> Fred Landis, *op. cit.*, p. XXIX.

<sup>47</sup> Movimiento de Izquierda Revolucionaria y Movimiento de Acción Popular Unitaria, respectivamente.

ANEXO

ETAPAS DEL PROCESO DE GUERRA PSICOLOGICA EN CHILE  
CON DETALLE DE LOS PREJUICIOS IMPUESTOS

<p>Sectores de población</p> <p>Etapas de la guerra psicológica sobre la población civil</p>	<p>Miembros de la UP y sectores afines a su política</p>			<p>Opositores al gobierno y sectores aparentemente no comprometidos</p>		<p>Sectores de población</p> <p>Etapas de la guerra psicológica sobre la población militar</p>
	<p>Salvador Allende</p>	<p>Seguidores y simpatizantes</p>	<p>Partidos políticos, instituciones intermedias, asociaciones de profesionales y comerciantes</p>	<p>Burguesía, pequeña burguesía y sectores indefinidos del proletariado y lumpenproletariado</p>	<p>Militares</p>	
<p>Desobediencia civil</p>	<p>Es un hombre aislado en la presidencia</p> <p>No cuenta con un apoyo real</p>	<p>Quieren acabar con la democracia</p> <p>Suprimirán las elecciones libres</p> <p>Tratan de impedir la libertad de prensa</p> <p>Responden a intereses antipatrióticos</p>	<p>No tienen garantías y se ven amenazados por la dictadura comunista que quiere acabar con ellos</p>	<p>La propiedad adquirida con el esfuerzo personal está en peligro</p> <p>Están desabastecidas y empobrecidas</p> <p>Son víctimas de las arbitrariedades del gobierno y sus partidarios</p> <p>La organización es su única posibilidad.</p>	<p>Tienen el deber de preservar las libertades individuales</p> <p>Su mayor interés es la patria</p>	<p>Desobediencia militar</p>
<p>Resistencia civil</p>	<p>Tiene una desconfianza irracional en las transnacionales, empresas que han cimentado el desarrollo nacional</p> <p>Es un agente del comunismo internacional</p>	<p>Son los reponsables de la crisis</p> <p>Tienen campos de entrenamiento guerrillero en el sur del país.</p>	<p>Deben luchar para preservar su existencia</p> <p>En la lucha por mantener la libertad se ven precisados de utilizar el trabajo y la organización clandestinos</p> <p>La democracia es incompatible con el actual gobierno</p>	<p>Es verdadera católica y lucha contra el comunismo que asola el país</p> <p>Los partidos políticos, las Fuerzas Armadas, la iglesia católica y las organizaciones intermedias y confederaciones de profesionales y comerciantes son los centros desde los cuales se defienden sus intereses, por lo tanto deben participar y/o colaborar con su labor</p>	<p>La de las Fuerzas Armadas es la institución más organizada del país, y por lo tanto la más adecuada para imponer el orden.</p> <p>Aspiran justamente a su papel de árbitros en las cuestiones nacionales</p>	
<p>Ofensiva civil</p>	<p>Por culpa del marxismo llevan al país a una crisis total</p> <p>Preparan una brutal agresión contra las Fuerzas Armadas, sus opositores políticos y el pueblo en general, que dejará al país cubierto por un baño de sangre</p>	<p>Cualquier medio es bueno para salvar la democracia</p> <p>Los militares son los aliados naturales de la democracia, ya que tienen por deber preservarla y la fuerza material capaz de restablecerla</p> <p>Brindarán su apoyo y se comprometerán a colaborar con el próximo golpe militar</p>	<p>Cualquier medio es bueno para salvar la democracia</p>	<p>Luchan contra el comunismo para lograr un mundo mejor para sus hijos</p> <p>Centran su esperanza en el apoyo de las Fuerzas Armadas para restablecer el país y liberarlo de la crisis a la que los llevó el aventurerismo de izquierda</p>	<p>El pueblo entero cifra en ellos su esperanza para la liberación del yugo comunista. Tienen el deber patriótico de salvar al país y restaurarlo política y económicamente</p>	<p>Ofensiva militar</p>

aquellos sectores que de alguna manera se encontraban ya enfrentados al gobierno de Salvador Allende. Prueba de ello fue, por un lado, la desesperada campaña de adhesión al golpe anunciada desde los más remotos rincones del país por la burguesía y pequeña burguesía chilena, mediante desplegados y declaraciones de asociaciones que pedían “que cada quien asumiera su responsabilidad” de una vez por todas; y, por el otro, la gigantesca manifestación de apoyo a la Unidad Popular –estimada en 1 000 000 de personas– el 4 de septiembre de 1973.

Sin embargo, y pese a la magnífica demostración de popularidad de la manifestación del día 4, una semana más tarde, el día 11 de septiembre, el golpe militar impopular –el único y verdadero golpe de Estado previsto por la ofensiva imperialista burguesa– se llevó a cabo con éxito gracias a la paciente y laboriosa tarea de desgaste de la economía chilena, de agresión psicológica a su pueblo y de conocimiento del terreno en el que se actuaba.<sup>48</sup>

Su éxito consistió en la recuperación inmediata de Chile para el dominio imperialista norteamericano. Su costo fue la experiencia que con el mismo adquirieron los países del mundo y los partidos de izquierda, al comprender el justo sentido y valor de la llamada “democracia burguesa” y el carácter de la generosa “amistad” de los Estados Unidos por los demás pueblos.

<sup>48</sup> El conocimiento concreto del terreno en el que se actuó, estuvo dado por las observaciones aportadas a partir de los canales de información infiltrados dentro del gabinete de Allende, mediante la participación de militares en el mismo y por los resultados del “golpe” del 29 de junio.